

cubriendo de negro polvo
 el horizonte lejano.
 Las guerrillas insurgentes
 á las órdenes de Larios,
 con las tropas que se acercan
 se han venido tiroteando;
 repléganse hasta la plaza,
 y el capitán denodado
 va á dar parte al general,
 que Calleja el sanguinario
 entre sus fuerzas trae
 lo mejor del virreinato.
 Al escucharle Morelos
 pide un corcel y volando
 con su escolta va á encontrar
 á los guerreros hispanos.
 El fragor de la metralla
 ensordeciendo el espacio,
 la alarma hizo cundir
 en el insurgente campo;
 Galeana piensa en todo,
 hasta en la infamia de un lazo,
 y violento vuela á allá
 en las alas del relámpago;
 el insurrecto caudillo
 se halla, en efecto, cercado
 por los dragones del rey
 que intentan aprisionarlo.
 Su escolta al choque feroz
 muy pronto se ha desbandado,
 y él, esgrimiendo un revólver,
 se retira paso á paso.
 Los costeros como furias,
 sus fusiles arrojando,
 desnudan el corvo alfanje
 y á la fuerza de su brazo
 la salvación encomiendan
 de su jefe idolatrado.
 Fué cuestión de instantes breves
 aquel luchar sobrehumano

que á los realistas quitó
 la presa que habían sonado;
 y entre vivas y clamores
 del más ardiente entusiasmo,
 Cuautla volvió á recibir
 al adalid mexicano.

III

Más de siete mil fusiles
 al día siguiente, á los rayos
 de un ígneo sol, se miraban
 frente á Cuautla fulgurando.
 Poderosa artillería,
 de las batallas espanto,
 se aprestaba á combatir
 aquel abierto poblado.
 Orgullosos y engreídos
 sentíanse aquellos soldados
 con sus victorias de Aculco,
 de Calderón y Zitácuaro;
 é impacientes esperaban
 el momento del asalto,
 para probar otra vez
 su pundonor castellano.

IV

Morelos, el gran Morelos,
 impasible contemplando
 de fuerza y de poderío
 aquel imponente cuadro,
 dirige festivo y dulce
 la palabra á sus soldados,
 diciéndoles que "morir
 "por la Patria es bello y grato."

V

Apenas el sol doraba
 las crestas de los collados,
 cuando Calleja inició,
 cuatro columnas lanzando
 por la calle principal,
 la tormenta del asalto.
 Impertérritos llegaban
 los batallones hispanos
 á atacar los parapetos
 de San Diego, encomendados
 á la bravura sin par
 de Galeana el bizarro,
 cuando un audaz coronel,
 sus filas abandonando,
 retó á duelo singular
 al valiente americano;
 presto salvó Galeana
 las trincheras, aceptando
 aquel viril desafío
 digno de algún espartano;
 mutuamente se hacen fuego,
 y el español, noble y bravo,
 se derrumba agonizante
 sobre el suelo ensangrentado.
 Galeana conmovido,
 lo levanta entre sus brazos
 para prestarle en la plaza
 los auxilios del cristiano.

VI

En tanto los españoles
 sus baterías armaron,
 y sobre Cuautla rugió
 tormenta de cañonazos;
 los reductos de San Diego
 vigorosos contestaron
 y la batalla empezó,

la destrucción, el espanto.
 Densa humareda sus nubes
 extendió por todo el campo,
 acreciendo la pavora,
 los horrores aumentando.
 El cuerpo de los honderos,
 tras de San Diego apostados,
 sobre Calleja un montón
 de pedruscos dispararon;
 y al tocar los asaltantes
 aquel fortín codiciado,
 los sables y bayonetas
 con furor se ensangrentaron.
 Implacables los costeros,
 cuerpo á cuerpo y á sablazos,
 hicieron retroceder
 á los infantes hispanos;
 vuelven éstos á la carga
 sostenidos en sus flancos
 por los dragones que apenas
 doman sus briosos caballos;
 se introducen en las casas,
 las paredes horadando,
 y así poder acercarse
 á San Diego, paso á paso,
 y en las miseras mujeres,
 en los niños y ancianos
 con vileza y cobardía
 su cólera descargaron.
 Galeana, firme espera
 ese ataque solapado,
 para mostrar más y más
 la pujanza de su brazo;
 y al coronar los iberos
 las azoteas y tejados, ;
 con "El Niño" los batió
 y las granadas de mano.
 Estas ventajas, no obstante,
 corrió en el punto un malvado

la voz de que Galeana
 estaba hecho pedazos.
 Cundió muy pronto el desorden,
 y, su deber olvidando,
 los defensores sus puestos
 dejaron abandonados.
 Comprendiendo Galeana
 lo funesto del engaño,
 á los fugitivos vuelve
 á cachetes y porrazos;
 sólo un mancebo (*) quedaba,
 valiente como un romano,
 al pie de su batería
 al ibero ametrallando;
 este rasgo de valor
 anonadó al castellano
 que, sin parque y sin moral,
 se retiró avergonzado.
 Más de cuatrocientos muertos
 dejó Calleja en el campo
 donde por primera vez
 recibiera un descalabro;
 y atónito, confundido,
 los hechos le demostraron
 que ante Morelos y el mundo
 se encontraba derrotado;
 y de su orgullo á despecho,
 su altivez pisoteando,
 buscó en Cuantlixco cuarteles
 á su ejército diezmando.
 Cuenta la Historia, que entonces
 sobre la ciudad lanzando
 una mirada terrible
 preñada de mil relámpagos,
 juró ni piedra dejar
 de aquel "inmundo poblacho"
 donde la tierra mordieron
 sus más valientes soldados.

(*) Narelso Mendoza.

Pero Cuautla ahí quedó
 como un monumento santo,
 las grandezas y las glorias
 de mi patria recordando.

VII

Pronto á México llegó
 la noticia del desastre
 con los soldados dispersos
 y las notas oficiales.
 Del héroe el nombre se oyó
 en las plazas y las calles,
 y hasta en los versos sencillos
 de los cantos populares.
 El virrey dispuso luego
 que prontamente marchasen
 nuevas tropas y cañones
 con pertrechos y caudales.
 Los batallones de Asturias,
 Lobera y Mixto, pujantes,
 con Llano al frente salieron
 al campo de los combates.
 En Izúcar atacaron
 á Guerrero el indomable,
 y éste con mínimas fuerzas
 los hizo "marchar" á escape.

Calleja tomaba en tanto
 posiciones formidables
 para batir con ventaja
 de la ciudad los baluartes;
 y al acercarse del Llano
 con sus tropas arrogantes,
 circunvalada quedó
 la plaza y sus arrabales
 Amelcingo y Buenavista,
 Santa Inés y Tejacaque
 semejaban una selva
 de pendones y estandartes.

y por encima flotando
un sol hermoso y radiante
con sus océanos de luz
y sus fuegos tropicales.

VIII

El mexicano caudillo,
no se daba un instante
de reposo en artillar
las torres y bocacalles;
y presintiendo un asedio
de duración espantable,
se dedicó á acumular
provisiones abundantes.
Todo el pueblo lo ayudaba,
y soldados y oficiales
diligentes atendían
sus menores voluntades;
nunca un general logró
ganar cariño tan grande
cual el que al noble Morelos
sus valientes demostrábanle.

IX

Una luciente mañana
de las primeras de Marzo
de mil ochocientos doce,
desde los fuertes hispanos
sobre Cuautla se azotó
una lluvia de bombazos:
era el preludio marcial
de aquel homérico canto
que setenta días tronó
bajo el cielo americano.
Calleja, el duro Calleja,
destruir á Cuautla ha jurado
como á las urbes antiguas
los procónsules romanos.

al efecto, en su redor
los recursos ha agrupado
que Venegas le otorgara
tan "liberal y magnánimo;"
y en su infernal pretensión
y orgullo desatentado,
resuelto estaba á inmolar
sus más valientes soldados.

X

Hacer sentir el infierno
de la sed á los sitiados,
se propuso con fruición
aquel hombre sanguinario.
y, en consecuencia, sus tropas
el "ojo de agua" cegaron
que á la población surtía
del elemento preciado.

Al informarse Morelos
de aquel terrífico daño,
manda al valiente Galeana
prontamente á remediarlo;
llega el resuelto oficial,
y en pos de él Víctor Bravo,
y á los custodios del agua
con fiereza acuchillaron;
y en seguida y bajo nube
de balas y metrallazos,
fabricaron un torreón
con tres piezas artillado.

Pronto supo el gran Morelos
la hazaña de sus soldados;
y en su honor, una jamaica
y un banquete celebraron.
Calleja quiere ocupar
aquel fuerte improvisado,
y á los cuerpos de Lobera
manda otra vez al asalto.

Con imponente arrogancia
 los españoles llegaron
 á disputar el fortín
 que guarnecían los surianos;
 dispáranse los fusiles,
 y bayonetas calando,
 con arrojo y bazarria
 frente á frente se encontraron.
 Comienza el duelo mortal,
 y rabiosos, enconados,
 se destrozan, se atraviesan
 con empuje sobrehumano;
 multiplicanse los lances
 de valor desesperado,
 y de ingente sangre fría
 se admiran no pocos casos;
 después de horrible luchar,
 el camino ensangrentando,
 retiráronse en derrota
 del virrey los veteranos.

XI

Una noche obscura, triste,
 de repente se escucharon
 el ruido de los tambores
 y el clamor de los soldados;
 y no de un lugar tan sólo,
 sino que de puntos varios
 aquel rumor se esparcía
 alarmante, inesperado:
 era el toque de degüello
 que en el céfiro volando,
 prontamente se extendió
 de la ciudad por los ámbitos
 Una atroz fusilería
 y relinchos de caballos
 siguió á los toques siniestros
 fragorosos resonando.

De Cuahuistla por el rumbo,
 Santa Inés y el Calvario,
 aumentó la gritería,
 las descargas redoblaron;
 los morteros y cañones
 tronaban de cuando en cuando,
 y con las sombras crecían
 el terror y el espanto.
 Tranquilo en su alojamiento
 el general mexicano
 solía no más preguntar
 por Anzúres y por Bravo.
 No largas horas se habían
 lentamente deslizado,
 cuando el intrépido Anzúres
 por el jefe interrogando,
 á un ordenanza daba
 las riendas de su caballo;
 y ascendiendo la escalera
 con las alas del relámpago,
 pronto en la presencia estuvo
 del caudillo americano.
 "Mi general—dijo Anzúres—
 "los manejos de un malvado.
 "con Calleja en connivencia,
 "hicieron que á nuestro campo
 "esta noche se acercasen
 "más de ochocientos hispanos;
 "y torpes, ó muy imbéciles,
 "de aquel tramoyista fiando.
 "creyeron tomar la plaza
 "en menos que canta un gallo;
 "pero advertido que estuve
 "de proceder tan villano,
 "como á los lobos hambrientos
 "caer los hice en un lazo."
 Y siguiendo el capitán
 con acento breve y claro,
 á Morelos refirió

que al toque desesperado
de un tambor los españoles
cuerpo á cuerpo se encontraron;
y sin mediar más señales,
todo rumor acallando,
como fieros enemigos
con furor se destrozaron.
El caudillo por respuesta
tendióle la franca mano
que el capitán estrechó
conmovido, emocionado.

XII

Setenta veces el sol,
el horizonte inflamando,
á contemplar la epopeya
de Cuautla se ha presentado;
y en la púrpura oriental
de su flamígero manto,
hazañas mil escribió
la heroicidad con su mano:
unas veces es Galeana,
que al enemigo asombrando,
de la victoria se ciñe
los más espléndidos lauros;
otras el gran Matamoros
que con solo cien soldados
rompe el férreo valladar
para reunirse con Bravo;
ó bien el ilustre jefe,
cayendo sobre el Calvario,
y en un instante arrollar
el campamento de Llano.
Si en salida tan bizarra,
los insurgentes más cautos
persiguen al enemigo,
los víveres despreciando,

el jefe español habría
encontrádose en el caso
de no poder dominar
entre sus tropas el pánico;
pero la suerte dispuso
que los hambrientos soldados
desdeñasen la victoria
por galletas y tabaco.

XIII

Han transcurrido los días
y con ellos aumentado
el hambre y la enfermedad
en el insurgente campo;
las carnes y las semillas
por completo han terminado,
hasta el grado de comerse
las pieles de los caballos;
en tan horrible festín
fueron riquísimo plato
los asquerosos ratones
y los perros y los gatos;
como lujo permitíanse
trozos de cuero tostados
y mieles ya corrompidas
que la peste desataron;
pero en medio de esa angustia,
de esa miseria y espanto,
roncos y alegres se oían
los himnos de los soldados,
que al caer sus compañeros
de la Parca al golpe insano,
llevábanlos al sepulcro
con músicas y con cantos;
pena capital había
sobre el infeliz menguado
que expresase en sus palabras
algún temor ó desmayo;
que ante su conciencia y Dios

defender habian jurado
la causa noble y bendita
de Cuauhtemoc y de Hidalgo.

El mismo jefe español,
tanta grandeza admirando,
confesólo en sus mensajes
al señor del virreinato:

(1) "Si el valor y la constancia
"de los que en Cuautla sitiados,
"día á día nos escarnecen
"nuestras leyes insultando,
"se hallasen por la moral
"y la justicia amparados,
"su causa merecería,
"en un futuro cercano,
"un lugar muy distinguido
"en la Historia y en los fastos,
"y, sobre todo, en el alma
"de los buenos mexicanos."

XIV.

Viéndose también Calleja
hondamente quebrantado
y sin esperanza alguna
de triunfar en un asalto,
á Venegas se dirige,
y, en tono contristado,
manifiéstale sus cuitas,
un consuelo demandando.
Guarda la Historia imparcial
en su augusto relicario
era nota (2) que revela

(1) Bustamante, "Cuadro Histórico."—
Carta 5a., pág. 7a.

(2) Excmo. Sr.—Convienes mucho que el
ejército salga de este infernal país lo más
pronto posible; y por lo que respecta á mi
salud, se halla en tal estado de decadencia,
que si no la acudo en el corto término que

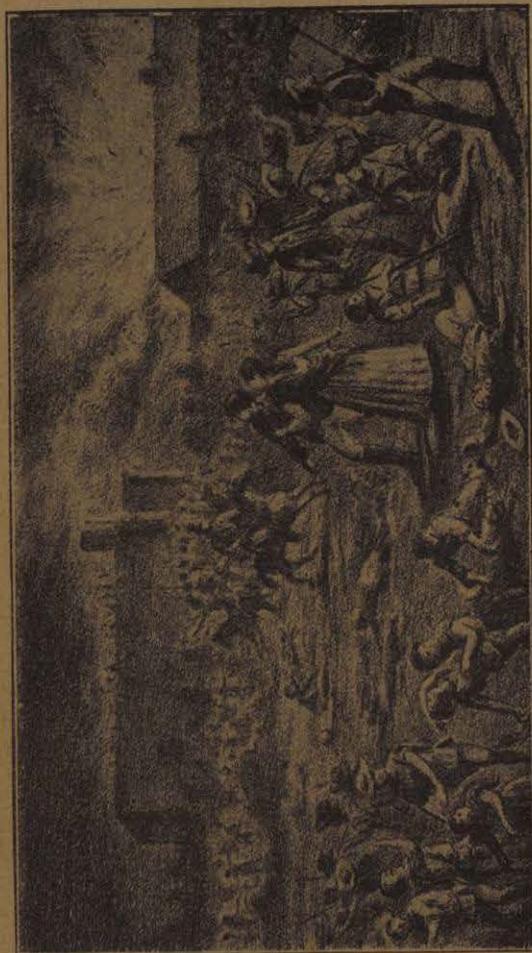
el humor desesperado,
la impotencia, el desaliento
de jefe tan veterano.
También á Morelos manda
un hábil parlamentario
ofreciéndole su indulto,
el de Galeana y de Bravo;
pero el ilustre caudillo,
leyéndolo á sus soldados,
en el reverso escribió
concediéndole otro tanto

XV

Comprendiendo el gran Morelos
que el instante era llegado
de romper los eslabones
con que quisieran ahogarlo;
convoca á sus generales,
y á una voz acordaron
entre el enemigo abrirse
con sus aceros un paso;
y en una callada noche
de las ardientes de Mayo,
á la hora en que domina
el sueño como tirano,
dentro de Cuautla escuchóse
un ruido prolongado
de sables y de fusiles,
de hombres y de caballos;
era el primer movimiento
del ejército sitiado
que se hallaba pronto y listo
para burlar al hispano;

ella pueda darme, llegarán tarde los auxi-
lios.—V. E. se servirá decirme en contesta-
ción lo que deba hacer.—Dios, etc. Campo
sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—Bustaman-
te. "Campañas de Calleja." Pág. 172.

y al acento de sus jetes,
 gruesa columna formando,
 arrogante se encauzó
 por el rumbo del Calvario.
 Galeana, como siempre,
 decidido y arrojado,
 á la vanguardia se puso
 con las armas en la mano;
 le seguían en el centro
 los batallones de Bravo,
 y entre éstos y Galeana
 el héroe con su resguardo;
 la retaguardia confusa
 de familias y soldados,
 á las órdenes salió
 de Anzures el denodado.
 Más de una hora tenía
 la columna caminando
 sin hallar ningún estorbo
 que entorpeciera su paso,
 cuando al rebasar un puente,
 de improviso á ambos lados
 un ¿quién vive? resonó,
 al enemigo alarmando.
 Galeana contestóles
 con un certero disparo,
 y la columna avanzó
 cual torrente desbordado.
 Entonces los españoles
 lluvia de plomo lanzaron
 sobre aquella masa negra
 que inundaba todo el campo;
 los insurgentes también
 furiosos les contestaron
 y la tierra estremeciése
 al bramar los cañonazos.
 Galeana como león
 que ruga desesperado,
 avanzaba sin cesar
 destruyendo, aniquilando;



Morelos y su ejército rompen el sitio de Cuautla.

y al caer como una tromba
 los realistas á sus flancos
 la batalla se ensañó,
 los sables se ensangrentaron.
 Dividida la columna
 del ejército sitiado,
 reanudó pronto su marcha
 por caminos encontrados;
 y las tropas españolas,
 confundié'nse en el campo,
 mutuamente, enfurecidas,
 con tesón se desgarraron.

XVI

Rumbo á Cuautla de la Sa
 convergieron los sitiados
 y allí revista los jefes
 a sus valientes pasaron;
 unas cuantas bajas hubo
 en la clase de soldados,
 y en las superiores una
 siendo don Leonardo Bravo
 Este ilustre general
 que de la lucha en el campo
 siempre á la gloria llevó
 á sus queridos surianos,
 cayó en la pérfida red
 de unos hombres desalmados;
 y en la Acordada fatal,
 con su sangre de abnegado,
 los tigres de la colonia
 su innoble sed apagaron;
 pero cual sublime aroma
 celestial, immaculado,
 frente á los restos del mártir
 surgió un arranque magnánimo:
 su hijo don Nicolás
 en un encuentro pasado,
 victorioso aprisionó

más de trescientos hispanos;
 y creyendo, con justicia,
 que el virrey por sus soldados
 la vida respetaría
 de su padre idolatrado,
 esperaba pronto asir
 con cariño entre sus brazos
 aquel modelo de padres,
 aquel dignísimo anciano;
 mas, ¡oh negra realidad!
 por un mensaje privado
 el héroe llegó á saber
 el desenlace nefando;
 su tropa se enfureció,
 y con gritos destemplados,
 la vida le reclamaban
 de los míseros hispanos;
 pero el noble general,
 las pasiones acallando,
 la vida les concedió
 á aquellos desventurados.....!

Hechos como éste, la Historia
 muy pocos ha registrado,
 y son el mejor laurel
 que ceñirán los humanos.

VIII

EN OAXACA.

I

Calleja á Cuautla ocupó,
 y en su recinto sagrado
 sólo halló como trofeo
 niños, mujeres y ancianos;
 y en ese grupo que amparan

los hombres civilizados,
 él, rencoroso, sació
 sus instintos sanguinarios.
 Después escribió al virrey
 mintiendo como un bellaco,
 pues que llamaba victoria
 lo que sólo fué un fracaso.
 En México, al informarse
 de suceso tan nefasto,
 al caudillo suponían
 prisionero y aherrojado;
 pero pronto en Huajuápam
 sus clarines resonaron
 al vencer á los realistas
 que cercaban á Trujano;
 y en las selvas dilatadas,
 y en los montes y los llanos
 los ecos repercutían
 el jadear de sus caballos.
 Tehuacán en sus vergeles
 y Orizaba entre sus prados
 laurel y palmas tejieron
 para sus bravos soldados.
 Oaxaca, la gran ciudad,
 con sus viejos campanarios,
 las miradas atraía
 del guerrero americano;
 cual plaza fuerte mostraba
 sus bastiones artillados,
 sus barbicanas sombrías
 con la muerte amenazando;
 cuarenta y dos parapetos
 de fusiles erizados
 antojábanse una selva
 herida por los relámpagos;
 y en su redor anchos fosos
 defendíanla, y á lo alto
 los extremos se veían
 de dos puentes levantados;

pero el héroe, aquel alarde
 de soberbia despreciando,
 á sus generales dijo
 con acento de inspirado:
 "Antes que el sol de mañana
 "se desvanezca en Ocaso,
 "habré de hallar en Oaxaca
 "cuarteles á mis soldados;
 "y para ello confío
 "en el valor ya probado
 "de Victoria y de Terán,
 "de Sesma, Galeana y Bravo."
 Con un ¡hurra! atronador
 á su jefe contestaron
 aquellos hombres sin tacha,
 valientes como Bayardo;
 y el día siguiente, al nacer
 el rojo fulgor del astro,
 Morelos mandó intimar
 rendición á los hispanos.
 El gobernador Saravia,
 pundonoroso y osado,
 la intimación contestó
 con orgullo y desacato:
 los insurgentes entonces,
 cuatro columnas formando,
 sobre Oaxaca al compás
 de sus clarines marcharon;
 los españoles se aprestan
 á repeler el asalto
 y sus cañones vomitan
 tormenta de metrallazos.
 La columna de Galeana
 devora casi el espacio,
 y á Santo Domingo llega
 sus Bayonetas calando;
 por la Merced se desbordan
 los batallones de Bravo
 y ocupan la plaza de armas
 á sus jefes aclamando.

Victoria para luchar
 tiene que salvar á nado
 el foso que detenía
 el ardor de sus soldados;
 arrójase á las trincheras
 con la violencia del rayo
 y á los golpes de su acero
 se retiran los hispanos.
 Los cañones de Terán
 hábilmente manejados,
 deshacen los parapetos
 con sus certeros bombazos;
 y el inmortal Matamoros
 con sus infantes llegando,
 consuma la dispersión,
 la derrota y el espanto.

Un jubiloso repique
 de todos los campanarios
 anunciaba que Morelos
 la plaza había ocupado:
 y los ¡vivas! se mezclaban
 con los últimos disparos
 que tonantes se perdían
 de las calles á lo largo.

En poder del vencedor
 grandes recursos quedaron
 y presos los generales
 del ejército adversario.

IX

TOMA DE LA CIUDAD Y FUERTE DE
ACAPULCO.

I

Dueño el héroe, de Oaxaca,
 en su mente resurgieron
 de Acapulco y su castillo
 los imperiosos recuerdos;
 se transporta á aquellos días
 que con pocos elementos
 temerario desafiara
 aquel coloso soberbio;
 y deseando ocupar
 en el Pacífico un puerto
 que á sus tropas proveyese
 de víveres y pertrechos,
 prontamente reorganiza
 sus más aguerridos cuerpos,
 y se lanza con placer
 por los montes y los cerros.

Marchan con él Galeana
 y Avila el noble y modesto;
 los dos soldados que nunca
 terror en su alma sintieron;
 y después de atravesar
 los más abruptos senderos,
 frente á Acapulco una noche
 sus fogatas encendieron.

Vélez, en jefe mandaba
 la fortaleza y el puerto,
 y en seguida recibió
 una nota de Morelos:
 en ella el héroe exigía
 inmediato rendimiento,

la entrega de la ciudad
 y castillo de San Diego.

Vélez, audaz mexicano,
 y valiente hasta el exceso,
 contestó que lucharía
 hasta el último momento.

Cerró con gruesas trincheras
 cuanto punto daba acceso
 á la rica población
 encomendada á su celo,
 y en el fuerte acumulando
 lo mejor del armamento,
 en guardia se colocó
 determinado y sereno.

II

Casa Mata enardecia
 con sus terribles aprestos
 al valiente entre los bravos
 del ejército insurrecto:
 es Galeana, y allí va
 y le siguen los costeños
 que, lo mismo que su jefe,
 en luchar son los primeros;
 y el combate se acentúa
 desesperado y sangriento
 hasta cubrir el fortín
 con centenares de muertos.

Los realistas recularon
 ante choque tan violento,
 y en desesperada fuga
 se internaron en San Diego.

Avila en tanto ascendía
 con arrogancia y denuedo
 capturando los fortines
 de aquellos ásperos cerros;
 y al asentarse en la cumbre
 sus batallones intrépidos,

el grito de libertad
conmovió todos los ecos.

Encerrados los realistas
en el fuerte de San Diego,
juzgábanse más seguros
que los ángeles del cielo,
pues su gruesa artillería,
sus obuses y morteros
dominaban el contorno
con sus terríficos fuegos;
la despensa era de principes,
y en bodegas y graneros
la abundancia sonreía,
la riqueza y el contento;
sus municiones también
antojábanse un venero
para poder resistir
años y lustros enteros;
y para colmo tenían
un camino sin tropiezo
que verían de aprovechar
en casos graves y serios:
el Océano Pacífico
en sus azules espejos
ancha salida ofrecía
á los soldados iberos.

III

A dos leguas del castillo
y arrullado por los vientos
un islote se levanta,
glauco nido de misterios:
La Roqueta, así la llaman
los geógrafos y viajeros,
es pequeña, es hermosa
cual la Venus que los griegos
flotando entre las espumas
amorosos concibieron.

Sus rocas fingen fantasmas
que en las nubes escondiendo
sus graníticas cabezas,
velan el plácido sueño
de las nereidas azules
y los tritones traviosos.

Los árboles milenarios
en sus pequeños oteros
levántanse majestuosos
mirando un límpido cielo:
y en sus frescos bosquecillos,
de césped blando cubiertos,
se columpian al murmurio
de las auras y los céfiros,
las campánulas y lirios,
las madresevas y almendros.

Una ola verdinegra
de abedules y palmeros,
es su hermoso litoral
al distinguirse á lo lejos;
y al chocar la marejada
en sus cantiles morenos,
de azules conchas y perlas
se forma lindo reguero.

IV

De aquel encantado islote
sacaban los de San Diego
frutas ricas, pesca y caza
en sus esquifes ligeros;
en tal virtud, el caudillo
juzgó prudente y certero
apoderarse de él
sin perder nada de tiempo;
y al efecto, Galeana,
de una noche en el silencio,
lanzóse en pobres canoas
sobre el traidor elemento;

y al reflejarse en la mar
los matutinos destellos,
sorprendió con sus soldados
de la isla á los cerberos.

Sin embargo esta ventaja,
los realistas no cedieron
y el sitio se prolongó
con sus horrores sin cuento.

Ante tamaña osadía,
y cañones no teniendo
el héroe con que abatir
aquellos muros enhiestos,
á volarlos se decide,
y en un espantoso incendio
para siempre sepultar
el grandioso monumento;
pero influenciada su alma
con la imagen y el recuerdo
de tanto ser inocente
que se abrigaba en su seno,
intenta un asalto más;
y Galeana, bajo el fuego
de más de veinte cañones,
llega á tocar con su acero
la balaustrada gigante
de aquella puerta de hierro;
en tanto al opuesto rumbo
y escalando voladeros,
Felipe González llega
inquebrantable y sereno;
y al herir sus bayonetas
aquel monstruoso esqueleto,
el terror se apoderó
de Vélez y compañeros.

V

Rebasando las almenas
de corte grave y severo,

blanca bandera se ve
agitada por el viento;
simultáneamente cesa
por ambas partes el fuego,
y el mismo Vélez se aboca
á pedir el parlamento.

Trae en la mano las llaves
del gigante "caballero"
que se rinde á discreción
del general insurrecto;
éste, admirando las prendas
del vencido de San Diego,
le otorga la libertad
y á sus bravos compañeros.

X

EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

I

"Morir ó salvar la patria"
fué el sublime pensamiento
con que el héroe convocó
aquel famoso Congreso
que en acta inmortal, eterna,
á la faz del universo
consagró la libertad
é independencia de un pueblo.

Demócrata cual ninguno,
fué su ideal, era su anhelo
establecer en su patria,
como único gobierno,
el creado por el voto
unánime de los pueblos;
y apóstol de la igualdad,
desdeñando privilegios,

rechazó con energía
el pomposo tratamiento
que conferirle acordaron
los miembros de aquel Congreso.

Y se escuchan todavía,
y los hombres recogieron,
sus palabras rebosantes
de patriotismo sincero:

“No soy más, el héroe dijo,
“que de la nación, el siervo,
“pues sólo en ella reside,
“inalterable y eterno,
“el principio de que emanan
“soberanías y derechos.”

II

El imponente clamor
de las tropas y del pueblo,
á la América anunciaba
que en la sacristía del templo
parroquial de Chilpancingo
instalábase un congreso,
el cual iba á sancionar,
inconmutable y austero,
la santa revolución,
el heroico movimiento
que en Dolores iniciara
un sacerdote modesto.
Las campanas del lugar
echadas todas á vuelo
y el majestuoso rugir
de cañones y morteros,
con su fragor saludaban
el histórico momento:
las músicas recorrían
las calles todas del pueblo
entusiasmando las almas
con sus acordes guerreros:

y por encima de todo,
levantándose hasta el cielo,
el grito de ¡viva América!
¡muera el déspota gobierno!

XI

VALLADOLID Y PURUARAN.

I

Después que hubo cerrado
sus sesiones el Congreso
é investido al general,
con los poderes supremos,
éste se lanza otra vez,
imperturbable y resuelto,
á proseguir con ardor
aquél titánico duelo;
y relinchan sus corceles,
y retumba su armamento,
y á Valladolid se va
en las alas de los vientos;
tramonta vírgenes selvas,
recorre campos desiertos,
y entre rocas y zarzales
extiende su campamento;
y al palidecer un día,
nuevo Moisés, á lo lejos
vislumbra la gran ciudad
con sus ricos monasterios;
más de treinta campanarios
erguían sus puntas al cielo
esfumándose en los tintes
de azul crepúsculo incierto.

Al percibir los realistas
al ejército insurrecto,
de Valladolid se alzó
ronco toque de degüello;
y las torres y las cúpulas,
los muros y parapetos,
de lanzas y de fusiles
prontamente se cubrieron;
el sol hundíase en Ocaso,
y, coincidencia ó misterio,
también la sombra tocaba
la estrella del gran Morelos;
y el eclipse avanzaría
en sus sombras escondiendo
al más grande capitán
de nuestros fastos guerreros.

.....
.....

II

Valladolid, Puruarán,
fueron los bloques siniestros
donde el bajel encallara
del impávido Morelos.

En ambos campos rodó
el pabellón insurrecto
empapado con la sangre
de los valientes costeros;
y en ambos campos también,
como fatídico espectro,
á Iturbide se veía
á sus hermanos hiriendo...
Y en vano luchó Galeana
cual león en el desierto
cobrando caras las vidas
de sus bravos compañeros;
y en vano caudillo y jefes
magnas proezas hicieron;

que Matamoros quedó
derrotado y prisionero.

Y entonces del horizonte
brotar espesas se vieron
las neblinas del desastre
á la gloria obscureciendo;
y sobre el negro montón
de cenizas y de huesos,
la Patria plegó sus alas
lanzando hondos lamentos.

III

¡ Valladolid, Puruarán!
Cuántas veces, peregrino,
he llegado hasta vosotros
á evocar esos recuerdos!
¡ Cuántas veces sobre el musgo
ó en las rocas del sendero,
híeme puesto á meditar
en los hombres y en los pueblos.

Y melancólico, errante,
he buscado tristes restos
que señalen todavía
tan fatídicos encuentros.

¡ Cuántas veces al rugir
el huracán torvo y fiero
he creído adivinar
de Iturbide el ronco acento!

Y acaso entonces de mi alma,
mordida por el despecho,
se habrá escapado una queja,
un reproche ó un lamento.

Y cuántas veces también,
de la luna al reverbero,
he atisbado en la campiña
blancas falanjes de muertos:
son las almas de los héroes
que en esos campos cayeron

bajo la espalda implacable
de aquel soldado funesto;
por eso al caer la noche,
dejando sepulcros yertos,
nimban sus sienes angustas
con la luz de los luceros.

¡Valladolid! ¡Pumarán!
¡Cuántas veces, peregrino,
he llegado á vuestros campos
á llorar esos recuerdos!!

XII

ABNEGACION.

Como el águila que asciende
soberana en el espacio,
y en la roca inaccesible
busca ligero descanso;
después de aquellos desastres
vuelve el caudillo á los campos
donde otra vez recogiera
de la victoria los lauros;
y en las márgenes boscosas
del "Mexcala" y "Papagayo"
sus tiendas de roble y mimbres
los insurgentes alzaron.
Con ardor inacabable
se alistan nuevos soldados
que están prontos á ofrecerse
de la patria en holocausto;
y en breves días espera,
de aquellos montes bajando,
sobre el audaz enemigo
descolgarse como rayo;
pero voluble la suerte
no quiso ya acompañarlo.

disponiendo que el Congreso
lo requiriese á su lado.
El héroe sumiso y fiel
á aquel cuerpo soberano,
prontamente obedeció
tan insólito mandato;
y ¡adiós, geniales proyectos
del entendido soldado!
¡Adiós, incendios de gloria
sobre el suelo americano!

Las exigencias políticas
cual tempestad arreciaron,
hasta arrojar al caudillo,
de Tetsmalaca á los campos.

XIII

EN LA INQUISICION.

I

Inmensa turba salía
de México rumbo á Tlalpan
anhelando presenciar
de Morelos la llegada.

Los desgraciados sucesos
que en hora triste y aciaga
como teatro tuvieron
los cerros de Tetsmalaca,
rápidamente alcanzaron
tan enorme resonancia,
que pronto á la capital
llegó de la Nueva España.

Consternáronse los pueblos
ante nueva tan infausta,
porque preveían el fin
que al caudillo se esperaba;

y en tumultuoso tropel
 en los puntos se agolpaban
 por donde cruzar debía
 la imponente caravana.

Cargado de duros grillos
 el adalid caminaba
 en medio de la rechifla
 de una tropa desalmada;
 aquellos hombres indignos,
 cual cobardes se burlaban
 del hombre que fué su espanto
 en más de veinte batallas;
 pero impasible Morelos
 con entereza apuraba
 hasta el fondo aquella copa
 de las flaquezas humanas.

Enternecidas las madres
 á sus párvulos mostraban
 al que á la patria alumbró
 con el sol de sus hazañas;
 y los hombres, los ancianos,
 formándole espesa valla,
 á su paso, respetuosos,
 con amor le saludaban;
 ese afecto popular
 hizo temblar el alcázar
 donde arrullaba Calleja
 sus ensueños de monarca;
 y en consecuencia, dispuso
 que el Santo Oficio "alojara"
 en sus prisiones sombrías
 al hombre que frente á Cuautla
 hizo lo morder el polvo
 con la fuerza de sus armas.

II

Depuesto el ilustre mártir
 del carácter de presbítero,

la Inquisición entrególe
 á la justicia del siglo.

Un tal Bataller, entonces,
 amplió la célebre causa
 cuyo epílogo crió
 todo el mundo adivinaba;
 pronto, en efecto el fiscal
 pedía que se le amputaran
 las manos y la cabeza
 para enviarlos en Oaxaca.

Pero el valor asombroso
 que el caudillo desplegara
 en los instantes más plenos
 de abrumadora desgracia,
 despertó la admiración,
 avasallando las almas
 de aquella inmensa ciudad
 del Continente sultana;
 y al propagarse en la gente
 el rumor que aseguraba
 la oprobiosa petición
 de aquella pena nefanda,
 subleváronse los ánimos,
 y en hirviente catarata
 iba la turba y venía
 por las calles y las plazas.

Temiendo el virrey que el pueblo
 le arrancase de las garras
 la inerme presa que tanto
 en su vida codiciara,
 á Concha mandó en secreto
 que sin ninguna tardanza
 se dispusiese á pasar
 á Morelos por las armas.

XIV

EL SACRIFICIO.

I

Un vago tinte de nácar
 diluyéndose en el cielo,
 anuncia la pobre luz
 de una mañana de invierno;
 aire sutil, penetrante,
 recorre el valle de México
 rizando la superficie
 de sus límpidos espejos;
 la neblina es blanca y fría
 como el sudario de un muerto
 y en girones va á colgarse
 de los picachos enhiestos;
 piando las aves dejan
 de dulce mido desierto
 y se alejan á buscar
 del almo sol los destellos;
 en las tristes alquerías
 brillan los íntimos fuegos
 que encendieran los pastores
 para calentar sus miembros;
 y medrosas las ovejas
 con el ladrar de los perros,
 se internan en la montaña,
 se pierden en el sendero;
 entre los "tules" del lago
 percíbese el chapoteo
 de los ánsares y patos
 que emprenden rápido vuelo;
 y en los juncos de la orilla
 las garzas mueven el cuello
 al oír el matutino
 cantar de pobres labriegos.

Del seno del ancho valle,
 sobre el turquí de los cielos,
 de cúpulas y de torres
 se yergue manto soberbio:
 es la gran Tenoxtitlán,
 señora de un hemisferio
 á quien rendían vasallaje
 muchas ciudades y pueblos;
 pero que en hora fatal
 un terrible aventurero
 su diadema le robó,
 su libertad y su cetro;
 y desde entonces cautiva
 ha gemido sin consuelo
 encadenada á los pies
 de los monarcas iberos;
 mas un anciano, un día,
 sus hondas penas sintiendo,
 decidióse á vindicar
 sus ultrajados derechos;
 y á su voz, cual un conjuro,
 héroes y héroes surgieron
 inundando las ciudades,
 animando los desiertos;
 y el cataclismo rugió,
 la tempestad, el incendio,
 rasgándose la tiniebla
 con relámpagos sangrientos.

En efecto, ved allá,
 del alba al primer reflejo,
 una escolta pertrechada
 con magnífico armamento;
 de la ciudad se desprende
 con cautela y en silencio
 marchando por la calzada
 que lleva al Norte de México;
 entre filas rueda un coche
 y junto á él granaderos
 con órdenes de volarlo
 en el menor contratiempo.

Después de tocar las calles
de aquél histórico pueblo
donde un santuario se alza,
cita de tantos romeros,
doblan el paso á la izquierda,
y de su jefe al acento
se esconden en los breñales
de triste y áspero yermo.

II

¿Quiénes son? ¿A dónde van
aquéllos hombres siniestros
que cual el tigre caminan
con zozobra y con recelo?

¿Son acaso una manada
de astutos lobos hambrientos
que en el horizonte husmean
algún cadáver infecto?

¿O bien la infernal jauría
de inicuos encomenderos
que azuzada va á cazar
pobres indios indefensos?

Son los soldados de Concha,
de Concha implacable y fiero,
que sueña matar de un golpe
la causa del insurrecto.

Triunfador en Tetzamalaca,
quiso el destino funesto
que el héroe fuera á caer
en sus manos prisionero;
y ahora va á epilogar
con el plomo y con el hierro
aquel drama que iniciara
un cobarde traicionero; (*)
por eso va desconfiado,
por eso marcha con miedo,

(*) Carranco.

pues va á fusilar al grande,
al titánico Morelos;
y teme que de la sombra
broten millones de espectros
á disputarle la presa
con sus fulmíneos aceros.
¡Justo terror del verdugo
en el instante supremo!

Aquél horrible atentado,
aquél suplicio criuento,
ahogaría entre sus raudales
la iniquidad de un gobierno;
y al calor de sus cenizas
germinaría un gran pueblo
que más tarde llenaría
con su fama el universo.

III

De México, á legua y media,
y al Noroeste situado,
enclávase un pueblecillo (*)
sobre un estéril ribazo;
melancólica mansión
de humildes indios cuitados,
llena el alma de tristura
su paisaje desolado.

Negras columnas de polvo
recorren la haz del llano
que rodea aquél lugar
antiquísimo, hierático;
y pequeñas caravanas
que crúzanlo á todos lados,
nos hablan de viejas tribus,
señoras de aquellos campos.

A sus pies llegan rugiendo
las olas de turbios lagos
cuando el huracán chasquea
enfurecido su látigo;

(*) San Cristóbal Ecatepec.

y al resonar el clamor
del líquido en los peñascos,
cree el viajero escuchar
lamentos desesperados.

Grisas pirámides térreas
fórmanle espeso vallado
que la cúspide rebasa
de sus rojizos tejados;
yacen ahí las salinas,
riqueza de aquel poblado,
que desde tiempos remotos
otras razas explotaron.

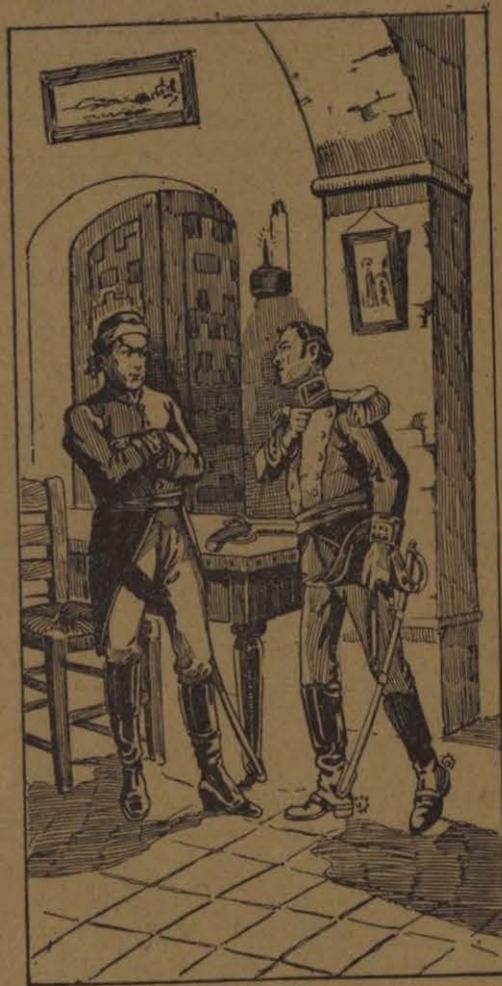
Sólo cual dulce esperanza
levántase el campanario
dándole vida y color
á aquél tristísimo cuadro,
y allá... muy lejos, enormes,
atallayas soberanos,
los volcanes gigantescos
el horizonte cerrando.

IV

En ese pueblo el virrey
clavó sus ojos airados;
"ahí será, dijo á Concha,
"Morelos ajusticiado."
Y en efecto, vedlos ya
las calles atravesando
y su marcha detener
de la parroquia ante el atrio.

En la propia sacristía
fué el caudillo encapillado,
y cual austero creyente,
prosternóse ante el vicario
y de su alma mostróle
los horizontes arcanos.

Después de ajustar sus cuentas
con el ministro sagrado,
retiróse á departir
con los adustos hispanos;



Morelos y el Gral. realista Concha

entonces con modo ingenuo
su valor extraordinario
irradiaba en su semblante
y en su decir reposado.

Concha admiraba en silencio
conmovido, cabizbajo,
aquella ecuanimidad,
aquel comporte bizarro,
y al igual sus oficiales
hondamente impresionados,
se inclinaban ante el hombre
de los hechos legendarios.

De repente, al escuchar
del parche el ronco llamado,
el héroe se irguió imponente,
majestuoso, soberano;
y dirigiéndose á Concha:
"Coronel, venga un abrazo;
no mortifiquemos más
que ya el instante es llegado."

Cogió en la diestra una cruz
y su sotana abrochando,
murmuró: "he aquí la mortaja
que el sino me ha deparado."

Quisieron vendar sus ojos,
mas él con acento blando
repuso: "aquí no hay objetos
que puedan turbar mi ánimo;"
pero ante nueva insistencia,
hízolo él con su mano,
yendo presto al sacrificio
como mártir resignado.

Al sentir la efigie augusta
de Jesús, entre sus brazos,
se detuvo y exclamó:
"¡Señor! ¡Señor! Si mis actos
fueron buenos, tú lo sabes;
mas si erré, y fueron malos,
en tu gran misericordia,
bajo tu bondad me amparo."

La ansiedad se hizo entonces
espantosa en aquel acto;
el pueblo se estremecía,
los jefes y los soldados.

Al colocarse por fin
el héroe dentro del cuadro,
una descarga se oyó
ensordeciendo el espacio.

Como la encina cae
sobre la roca azotando,
Morelos se derrumbó
En el suelo, ensangrentado;
quiso incorporarse, y luego
vibró segundo disparo
que la existencia arrancó
con un grito sobrehumano...!

La Naturaleza entonces
estremecida de espanto,
á aquél grito respondió
con clamores subterráneos;
crujieron las cordilleras,
las llanuras trepidaron,
y los volcanes ignívoros,
negros monstruos rebramando,
sus melenas encrespadas
encendieron cual relámpagos.

Callaron las armonías,
los colores se apagaron
y el huracán como nunca
rugió desencadenado.

Las aguas antes tranquilas
de aquellos azules lagos,
olas gigantes enormes,
hasta el cielo levantaron;
y arrojándose impetuosas
del patíbulo hasta el campo,
la noble sangre del mártir
en su cristal se llevaron.

Frente de aquél cataclismo
los verdugos aterrados

confiaron su salvación
al correr de sus caballos;
y en las alas de los vientos,
por el terror azuzados,
como fantasmas corrian
por los montes y los llanos.

.....
.....
El pueblo se dispersó
un alarido lanzando;
era un reto al porvenir,
un anatema á sus amos.

VI.

Peregrino, cuando llegues
á aquel lugar venerando,
arrodíllate y saluda
la memoria del soldado
que por amor á su Patria
y por bien de sus hermanos,
en ese sitio cayó
por el plomo atravesado!

RAFAEL RUIZ RIVERA.